

# Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION. 17.

Redacción : Vertrallans, 3.-1.º

RAMON CILLA



15  
céntimos.

*scaler*

¡Qué artista tan querido y celebrado!  
¡Qué falta me hace un consonante en *ito*.  
y qué dibujos hace tan bonitos  
y qué mujeres *pinta* el condenado!



*scaler*

Ayuntamiento de Madrid



## SUMARIO



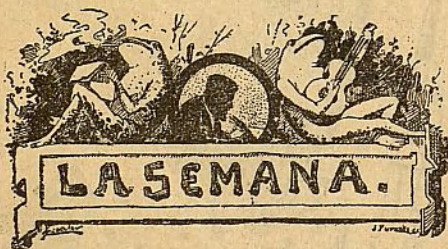
TEXTO.—*Súplica*.—*La Semana*, por L. Royo Villanova.—*Fusiles y muñecas*, por Juan de Dios Peza.—*¿Por qué y Epigramas* por J. Danueza Redoma.—*A vuelta de correo*, por Ricardo J. Catarineu.—*¿Hasta el idioma!*, por J. Lorente de Urraza.—*Perrerías*, por José de Diego.—*Negociados de «Bombo»*, por A. Sanchez Perez.—*En el tranvía*, por J. Perez Zúñiga.—*El Café*, por Daniel Blanco.—*Palique*, por José M.<sup>a</sup> Almodóbar.—*Clases del natural*, por Federico Urrecha.—*Chirigotas*.—*Correspondencia*, y *Anuncio*.  
GRABADOS.—*Ramon Cilla*, por Escaler.—*El terror*, por Cilla.—*En la playa*, por A. Pons.—*Cosas y Casos*, por Macáchis.—*Cartas de amor*, por A. Pons.—*Gente ordinaria*, por Cilla.—*Verano*, por Escaler.

## SÚPLICA

Rogamos á nuestros colaboradores y corresponsales que al dirigirnos de hoy en adelante las cartas, no olviden poner en ellas las señas de la Redacción: VERTRALLANS, 3, 1.º

La aparición de un periódico, que en uso de su perfectísimo derecho, ostenta un título sumamente parecido al de nuestra publicación, nos obliga á hacer esta advertencia.

Con que... ya están Vdes. advertidos.



## Tregua de dios

Así, en minúsculas, para significar que no voy á tratar aquí del Dios uno y trino ni de aquella famosa tregua de los tiempos medios, sino de una tregua de moralidad observada estos días, y debida, quizás, á la benevolencia de Mercurio, el dios de los ladrones.

Los periódicos de Madrid se hacen cruces—y es preferible que se las hagan ellos á que se las haga el fiscal—al dar la estupenda noticia de que en los ocho últimos días no ha sido robado en la Corte un solo reloj.

Regocijémonos con tan fausta nueva, aunque todo lo que se refiera á relojes madrileños hay que aceptarlo á beneficio de inventario, porque no hay que olvidar que el principal reloj de Madrid está bajo una bola monumental allá en la puerta del Sol.

El gobierno tratase de premiar una acción tan desusada y meritoria, difícil sería resolver, en justicia, quienes son los acreedores á la recompensa.

Efectivamente ¿por qué no se roban relojes?

¿Es que los tomadores son muy virtuosos, que los guardias son muy vigilantes ó que los transeúntes son muy listos?

Probable es esto último, unido á que los rateros tienen que desdeñar un artículo que tan barato se ha puesto por la competencia y el abuso del nikel.

Poca gloria les cabe, por consiguiente, á los guardias en este hecho y no se crea que esto es una inculpación.

Después de todo, el timo de un reloj, lejos de ser un delito, viene á ser una galantería.

A quien le quitan un reloj ¿no es cómo si le quitaran tiempo de encima?

Pero tanto se había hablado de la organización de los timadores, de su destreza y de sus hazañas, que todos les habíamos cobrado miedo.

Hasta una señora como la Muerte, tan temida de todos, y un personaje tan respetado como Saturno, no sacaban á relucir más que sencillos relojes de arena en vez de los magníficos cronómetros que, por clasificación, debieran corresponderles y que desde luego usarían á no haberse contagiado ambos viejos de este pícaro miedo sub-lunar.

No es de extrañar, por lo tanto, que la solución de continuidad formada por los últimos ocho días en la historia del timo haya regocijado á los poseedores de *savonetas* y *remontoirs*, hasta el punto de que muchos de ellos piensan celebrar una novena á San Sebastián, que si no es el Santo de los relojes, es indubablemente el Santo de las saetas.

Si un notición inesperado es capaz de dejar parado á cualquiera, hemos de convenir en que la noticia que sirve de tema á estas líneas ha debido de dejar parados á todos los relojes de la Corte.

Y en vista de la seguridad que empiezan á gozar dichos aparatos, no faltará algún «cilindro» listo—es decir, adelantado—ó algún «áncora» parlara—esto es, de repetición—que se encare con su dueño, pidiéndole más libertad.

—No hay peligro de que nos roben—dirán—y, por tanto, no es necesario que nos pongais cadenas ni nos deis cuerda de ninguna clase ni nos adorneis con esas rodajas de goma que nos sujetan al bolsillo, porque ya sabéis que la pena de argolla está fuera del Código penal.

La fama de los tomadores era la excusa salvadora de muchos hijos de familia, como la mala fama de los empleados de Correos, que sirve hoy á muchos para ocultar su pereza ó dilación en escribir cartas.

¡Cuántos jóvenes llegaban á casa pálidos y afligidos, diciendo que en unas apreturas les habían robado el reloj, mientras allí, en las profundidades del bolsillo, yacía, flamante y dobladita, la papeleta de empeño!

Mas esto se acabó.

Pasaron, por fortuna, aquellos tiempos en que un



recien llegado á Madrid me decía, mostrándome un reloj que acababa de comprar:

— Dígame usted ¿se llevan ahora estos relojes?

Y yo, recordando muertos recientes, le contestaba:

— ¿Que si se llevan ahora esos relojes? ¡ya lo creo! ¡Ahora se lo llevan todo!

Hubo momentos de escandaloso abuso en que temía uno ver desaparecer hasta los relojes de torre y en que el arte de quitar tan codiciados objetos, se ejercía públicamente como el arte de quitar manchas.

Hoy ya es otra cosa.

Las gentes sensatas deben erigir por suscripción nacional y en honor de nuestras autoridades, una columna conmemorativa, que puede tomar la forma de un reloj de pared.

Y esos franceses mal pensados, que no ven en España más que una nación de toreros y timadores, pueden lanzar ante el honrado interregno por que ha atravesado Madrid, esta bilingüe exclamación:

— ¡De-montre!

LUIS ROYO VILLANOVA.

## FUSILES Y MUÑECAS

(Cuadro realista.)

Juan y Margot, dos ángeles hermanos que embellecen mi hogar con sus cariños, se entretienen con juegos tan humanos, que parecen personas desde niños.

Mientras Juan, de tres años, es soldado y monta en una caña endeble y hueca, besa Margot con labios de granado los labios de cartón de su muñeca.

Lucen los dos sus inocentes galas y alegres sueñan en tan dulces lazos: él, que cruza sereno entre las balas; ella, que arrulla á un niño entre sus brazos.

Puesto al hombro el fusil de hoja de lata, el *kepis* de papel sobre la frente, alienta al niño en su inocencia grata el orgullo viril de ser valiente.

Quizá piensa en sus juegos infantiles que en este mundo, que su afán recrea, son como el suyo todos los fusiles con que la torpe humanidad pelea.

Que pesan poco, que sin odios lucen; que es igual el más débil al más fuerte; y que, si se disparan, no producen humo, fragor, consternación ni muerte.

¡Oh, misteriosa condición humana! Siempre lo opuesto buscas en la tierra; ya delira Margot por ser anciana, y Juan, que vive en paz, ama la guerra.

Mirándolos jugar me aflijo y callo,...

¿Cuál será sobre el mundo su fortuna?

Sueña el niño con armas y caballo, la niña con velar junto á la cuna.

El uno corre, de entusiasmo ciego, la niña arrulla á su muñeca inerte,

y mientras grita el uno: «fuego, fuego,» la otra murmura triste: «duerme, duerme.»

A mi lado, ante juegos tan extraños, Concha, la primogénita, me mira.

¡Es toda una persona de seis años

que charla, que comenta y que suspira!

¿Por qué inclina su lánguida cabeza, mientras deshoja inquieta algunas flores?

¿Será la que ha heredado mi tristeza?

¿Será la que comprende mis dolores?

Cuando me rindo del dolor al peso, cuando la negra duda me avasalla, se me cuelga del cuello, me da un beso, se le saltan las lágrimas y calla.

Sueltas sus trenzas claras y sedosas, y oprimiendo mi mano entre sus manos, parece que medita en muchas cosas al mirar cómo juegan sus hermanos.

Margot que canta, en madre trasformada, y arrulla á un hijo que jamás se queja, no tiene que llorar desengañada, ni el hijo crece, ni se vuelve vieja.

Y este guerrero audaz de tres Abriles que ya se finge apuesto caballero, no logra en sus campañas infantiles manchar con sangre y lágrimas su acero.

¡Inocencia! ¡Niñez! ¡Dichosos nombres!

¡Amo tus goces, busco tus cariños!

¿Cómo han de ser los sueños de los hombres

más dulces que los sueños de los niños?

¡Oh, mis hijos! No quiera la fortuna

turbar jamás vuestra inocente calma.

¡No dejes esa espada ni esa cuna!

¡cuando son de verdad, matan el alma!

JUAN DE DIO S PEZA

## ¿POR QUÉ?

Si es lo mismo *aldeita* que *aldehuela* ¿por qué se enfada tanto Doña Rita, cuando en vez de llamarla *mugercita* sustituyo, y la llamo *mujerzuela*?

## EPÍGRAMA

—Yo iría al teatro, pero el traje es lo que me inquieta.

—Yo voy de *clac*. —¿De etiqueta?

—No, hombre, no: de alabardero.

JOSÉ DANUEZA REDOMA



## EL TERROR



Contra las olas del mar  
luchan brazos varoniles...  
Mas, con estos volatiles  
¿qué hombre no se echa á temblar?



Venerable sujeto  
de cara hurafia  
y el terror de las bolsas  
de la montaña.



¡Cristo! ¡Los ceviles!



El ruido lo han producido  
los ratones juguetones...  
Pero, digo, ¿y si no han sido  
los ratones?

Ayuntamiento de Madrid



## EN LA PLAYA.



—No se canse Vd., Juanito: mi amor es para Vd. un imposible. Usted no sabe lo que oculto yo en mi pecho.  
—Lo supongo. (Algodón en rama, como si lo viera).



## A VUELTA DE CORREO

A José de Diego

Leí tu carta, que me dió un buen rato,  
y empiezo confesando que es muy cierto  
que en mis adentros te llamaba ingrato.

Mas ya tu negra ingratitud ha muerto,  
y pues al fin te dignas escribirme,  
á las dulzuras de tu voz despierto.

Es mi amistad tan duradera y firme,  
que nunca pudo nuestra larga ausencia  
de ser amigo tuyo disuadirme,  
pues yo no sé olvidar; toda mi ciencia  
es este ardiente corazón de fuego  
que todas las bondades reverencia.

A veces pude resentirme: luego,  
al ver que sigo siendo comprendido,  
*perdono á tutti*, cual D. Carlos, Diego

¡Si mientras me quejaba de tu olvido  
tus gratos versos con afán leía,  
los gratos versos del autor querido!...

Quieras cantar la negación impía  
ó cantes el amor entusiasmado,  
vas vertiendo regueros de armonía...

Los dos marchamos por distinto lado,  
y el dolor nos persigue á cada instante...  
¡yo soñador, y tú desengañado!

Dejemos estas cosas ¡y adelante!

Hace poco, al llegar de Barcelona  
Cilla, el incomparable dibujante,  
me ha dado una noticia que en tí abona  
un cambio de costumbres espantoso,  
poco menos que un cambio de persona.

Que te has vuelto elegante y cuidadoso;  
más elegante que en sus tiempos era  
Juan de la Cruz Ferrer, que era un gomoso.

Ya sé que no te apeas la chistera,  
que vas muy estirado de levita  
y tienes un bigote de primera.

Mas, tu informalidad ¿quién te la quita?  
Me la prueba tu epístola citando  
á Rosa y á Pilar... ¡Vaya una cita!...

Mi novia (tengo novia) está trinando,  
porque ha leído con dolor profundo  
la historia de ese amor de contrabando.

Yo pienso, y al pensarlo me confundo,  
lo que el mundo dirá de nuestra historia...

En fin ¡me importa un peregril el mundo!...

Aún á veces deslumbran mi memoria  
los pálidos recuerdos repetidos  
de aquel infierno con sabor de gloria!...

¡Pobrecitos ensueños concluidos!  
¿Y Pilar? «¡Pobre chica!» Aunque aseguras  
que tiene coches, pajes y vestidos...

Tu Rosa, que reincide en sus locuras,  
ya no tiene ni al cura de Gerona...  
(¡Hoy no se caen de primos ni los curas!)

Y ahora te voy á hablar de mi persona.  
Yo me he vuelto formal, si tú elegante,  
y ya no soy aquel de Barcelona.

Alguna vez desbarroté un instante;  
mas amo ya con ímpetu infinito,  
con más formalidad que un elefante.

¡Ay, Diego! ¡Si tú vieses que palmito!...  
¡Comprenderías que tu amigo pronto,  
si Dios quiere, caerá como un bendito!

Sé que con esto tu furor afronto,  
y presumo que á vuelta de correo  
me compadeces y me llamas tonto.

¡Pero, este malditísimo deseo!...  
No quiero amar, y el corazón me lanza,  
y sueño, adoro, me entusiasmo y creo.  
Siempre tengo un fantasma en lontananza,  
y cuanto pueden más los desengaños  
tanto más se renueva mi esperanza.

No podré corregirme con los años;  
forman parte de mí, mi fé sencilla,  
mis dulces sueños y mis tristes daños!

Noticias de Madrid. Se casa Cilla;  
se sigue hablando del tercer partido  
y sigue siendo tonto Bobadilla,  
justificando en esto su apellido...  
Con que ¡adiós! un sin número de abrazos,  
perdona la jaqueca, y me despido.

Vayan á dar mis rudos *tercetazos*  
respuesta á tus bellísimos tercetos...  
Recuerdos á Reguera... y mis *Flechazos*  
ofrecen á *Sor Ana* sus respetos.

RICARDO J. CATARINEU.

## ¡HASTA EL IDIOMA!

Explícame tu, lector,  
si lo puedes explicar,  
la razón de que al hablar  
se cometa tanto error.

Con tanto como se ha dicho  
respeto del diccionario,  
dejaron lo necesario,  
¿Por qué hablamos á capricho?

Algun verbo podreis ver  
dividido en varias clases;  
*caber* presenta tres frases:  
*cupir*, *caber* y *queper*.

Y con esta confusión  
diversas veces he visto,  
ejemplos de que el mas listo  
sufra una equivocación.

En llegando á cierta edad,  
(que nunca llega muy tarde)  
no hay hombre que no haga alarde

de caballerosidad.

Todos *caballeros*, pero  
yo pocos, muy pocos hallo;  
quien nunca monta á *caballo*  
¿como ha de ser *caballero*?

Se dice que es *periodista*,  
del que escribe en un *periódico*  
¿no sería mas metódico  
llamarle *periodicista*?

¿Por qué en vez de *dormilon*  
no se dice *dormirero*?  
¿Es *artista* el hombre *artero*  
que comete una traición?

¿Por qué no decir *rompido*,  
si deriva de *romper*?  
¿y porqué de *disponer*  
no ha de venir *disponido*?

Otra duda hay en mi mente,  
¿en que razón se ha fundado

quien hizo á la voz *criado*  
sinónima de *serviente*?

Con gran razón se podría  
pensar que á los *servidores*  
con frecuencia los señores  
les sirven de *amas de cría*.

*Florista* dice cualquiera  
que es la que comercia en ramos,  
¿y porque no derivamos  
y la llamamos *ramera*?

No comprendo la razón  
de que se hable de otro modo,  
pero... si... lo entiendo todo,  
ya he formado mi opinión.

Es tal la inmoralidad  
y tanto en España crece,  
que hasta el idioma padece  
de la *irregularidad*.

JUAN LORENTE DE URRIZA.



## PERRERIAS

Es «Azucena»,  
como la nombran,  
la falderilla  
más remonona  
que crían faldas  
de buena moza.

Ojillos negros,  
lana sedosa,  
breve de hocico,  
de cuello corta,  
blanca de lomos,  
nieve ella toda,  
salvo las patas,  
salvo la boca,  
salvo las cejas,  
salvo la cola,  
sitios en donde  
marcan ó borran  
gráciles líneas  
oscuras sombras.

Sube á las faldas  
de su señora,  
como al regazo  
de una paloma;  
y allí, en su blando  
colchón de rosa,  
no cual su dueña  
—que es muy devota—  
piensa que *arriba*  
la dicha mora,  
sino al contrario  
—¡perra masona!—  
que bajo de ella  
se halla la gloria.

Mas ella es casta  
y estas son cosas  
que del «Negrillo»  
sin duda toma.  
¿Quién es el «Negro»?  
¡Pues la persona,  
digo, el perrillo  
de mejor sombra  
que alza la pata  
y el rabo enrosca  
por las esquinas  
de Barcelona!

Si entre falderos  
se arma una *bronca*,  
no hay quien le muerda,  
ni quien no corra,  
ni quien le ladre,  
ni quien le tosa.

¡Tiene el «Negrillo»,  
si se alborota,  
muy malas pulgas,  
muy malas bromas!

Lo cual no es parte  
mucha ni poca  
para que, manso  
como una tórtola,  
de su perrilla  
siga á la cola  
y la respete  
como a una diosa.

Tiene el «Negrillo»  
rabia amorosa,  
mas la «Azucena»  
no es una loca,  
y si él osado  
juega y retoza:  
—¡Patitas quietas!—  
ládrale ronca  
y los hocicos  
le desmorona.

Es la calumnia  
perra traidora,  
mas nunca el diente  
clavó en su honra.

Y eso que un perro  
de Terranova,  
con malos fines  
le hizo la rosca;  
pero «Azucena»  
la ruborosa,  
ladróle un día  
como una loba:

—¡Hala, á otra perra  
menos hermosa  
con ese hueso,  
que mi señora  
me ha dado siempre  
carne de sobra!—

Ladróle el perro  
y ella con sorna:

—Ladra á la luna.  
¡La luna es sorda!

El cielo aquella  
noche vengóla:  
mató al perrazo  
de Terranova...

Y «Azucenilla»,  
la ruborosa,  
dijo al «Negrillo»  
con voz temblona:  
—Fuerza es que acaben  
tus ansias todas,  
y que los perros  
de Barcelona  
me consideren  
como á tu esposa.—

Y aquella noche  
¡noche de bodas!  
la hizo él la rueda  
más de dos horas  
y ella ¡está clarol  
se hizo la tonta...  
con el permiso  
de su señora.

Pasó la luna  
de miel, sabrosa;  
y en luna llena  
quedó la moza:  
llegó el *creciente*  
*cuarto*... de hora;  
vino al galope  
la comadrona,  
y «Azucenilla»  
la ruborosa  
dió cuatro gallos  
de *prima donna*,  
miró al faldero  
y echó en la alfombra...  
¡cuatro perrillos  
de Terranova!

JOSÉ DE D'EGO.

## NEGOCIADOS DE «BOMBOS»

Desde que oí decir, hace ya muchos años, á una  
tiple cómica—que, además de tiple cómica, era una  
morena de muchísimo garbo y de muy buenos ojos—  
desde que la oí decir, repito, dirigiéndose á varias  
antiguas compañeras suyas del cuerpo de coros:—«Pues  
que me creais, que no me creais, la verdad es que yo  
estoy completamente aburrida con esta pegiguera de  
que cuantos hombres me ven por la calle, se detengan,  
me miren, me echen mil piropos y me digan, aunque  
les ponga yo mala cara, muchísimas *cosísimas*»; desde

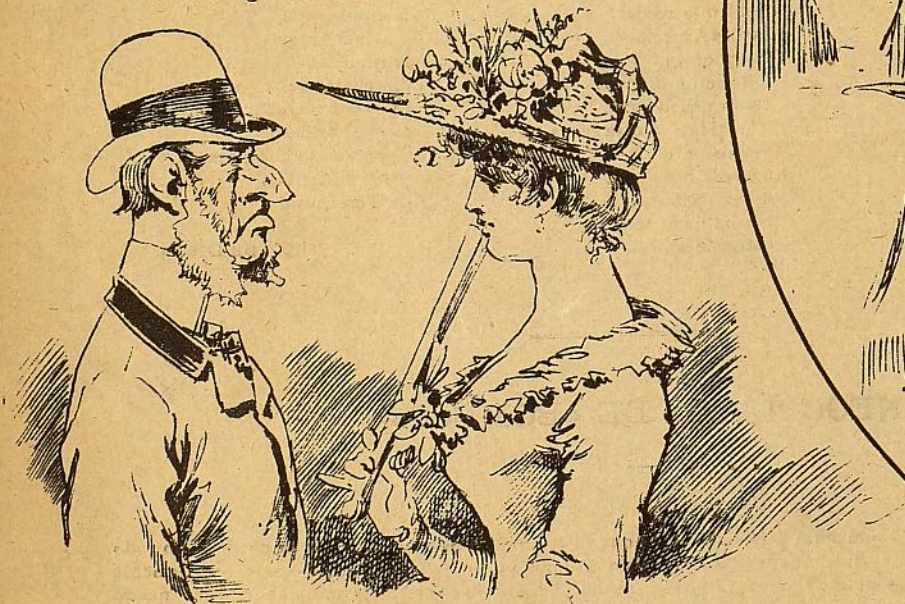
que oí eso, repito por segunda vez ya puedo oírlo todo  
sin asombro y sin extrañeza: esto, como vulgarmente  
se dice, curado de espantos, y tan tranquilo me quedo  
oyendo hablar de un *lunch* tomado por la noche, como  
me quedaría si me hablaran de una cena servida a las diez  
de la mañana. Así y todo y por muy acostumbrado que  
uno esté á transigir con esas noticias en que se habla  
de *soirées* matinales, de *tríncas* de dos opositores, de  
señoras notables por su *comun* ingenio, etc., etc., no  
puede menos de lamentar la deplorable sintaxis y el más



LA SEMANA CÓMICA  
COSAS Y CASOS



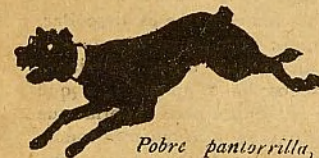
—Decididamente, me convengo de que la carne es uno de los enemigos del alma.



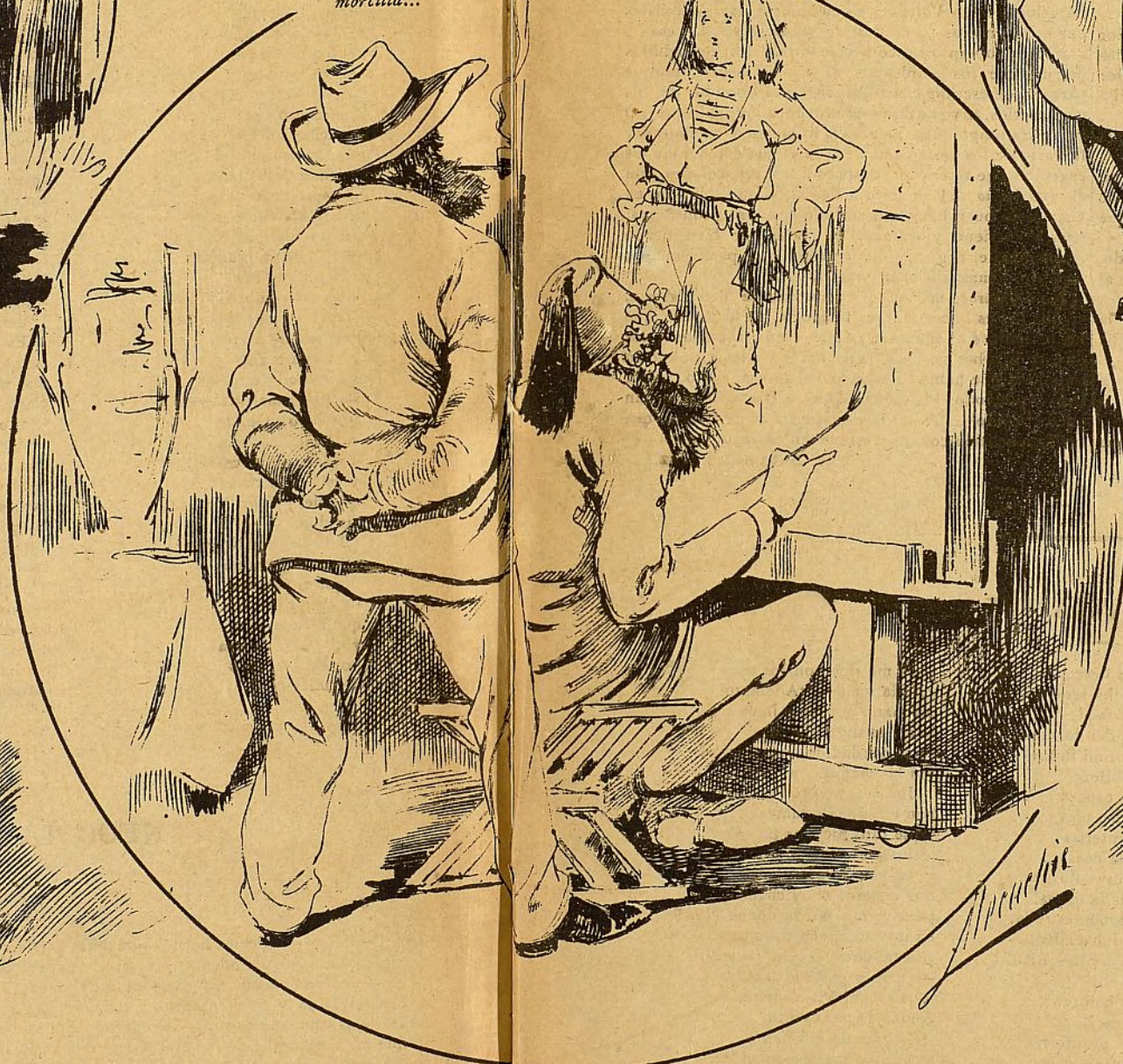
—¿Va usted á baños, Enriqueta?  
—¡Es claro! Todos se ván...  
Yo me iré á San Sebastian.  
—Y yo á la Barceloneta.



Corre que te pilla,  
te pilla;  
dale la morcilla,  
morcilla...



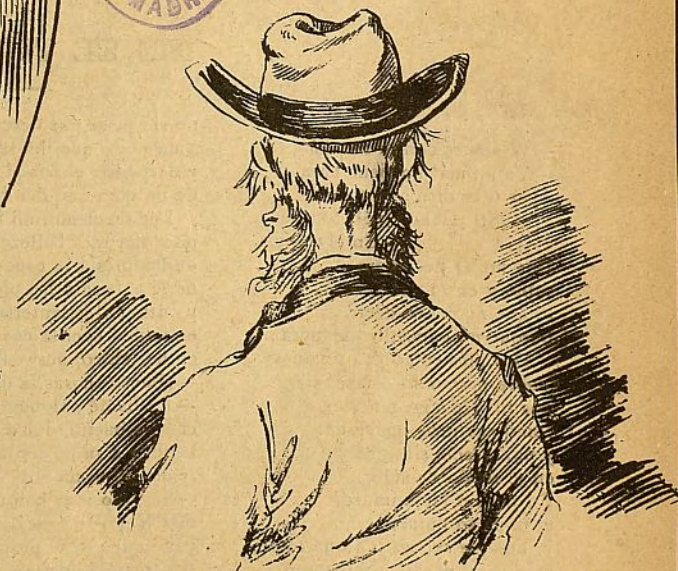
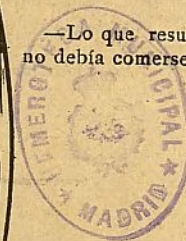
Pobre pantorrilla,  
...lorrilla  
etc., etc., etc.



—Si, es el hijo de la Conda.  
—Y cómo es que lo hasorado, si tu no te dedicas á esas cosas?  
—¡Pshé! porque es un niño como se lo he hecho á rates perdidos...



—Lo que resulta decididamente demostrado es que no debía comerse sardina ni en los días de precepto.



—...de modo que 15 céntimos para el baño y 15 para el tranvía, 30 céntimos. Luego son treinta céntimos los que he de buscar...



deplorable estilo que se gasta, por regla general y salvo muy contadas excepciones, en la contaduría de los teatros, no ya solamente de Madrid, sino de Barcelona, de Valencia y... de toda España.

En que ciertos *bombos*—así se llaman, aunque la Academia no lo autorice—proceden de la contaduría del teatro y quizá, quizá, están redactados por el artista á que se refieren, no cabe duda razonable; se conoce á cien leguas; como que trascienden á labor de casa. Labor en la cual lo importante, lo de interés, es que en el elogio haya hipérboles extraordinarias, exageraciones que excedan con mucho á las graciosamente otorgadas por las familias respectivas, á los actores del otro corral; cumplido ese requisito, lo demás es asunto de menor cuantía.; y hoy dice un diario, *verbi gratia*, que la actriz señorita fulana alcanzó un *inmenso suceso* y la señorita Fulana se queda tan satisfecha y la empresa lo mismo y el público se entera y acude al teatro, que era lo que se pretendía demostrar. Lo demás ¿qué importa?

A esas noticias, redactadas, sin duda, por el avisador de la compañía, ó por el hermanito de alguna de las señoras del cuerpo de baile, ó tal vez por el jefe de los acomodadores ó el director de la *claque*, pertenece aquella que acabo de leer en un diario valenciano:

«El señor Tal, que estuvo á la *inusitada altura* que tiene de *costumbre*, arrebató al auditorio...»

Esto de *inusitada* altura que tiene de *costumbre*, es un plagio; hace muchos años que leí en los periódicos de Madrid algo muy parecido á esa frase; es posible que sean ambas locuciones del mismo cosechero.

De Barcelona es otro periódico, en el cual ha aparecido, con las variantes que por prudencia introduzco al copiarla, esta noticia:

«Anoche se representó en el teatro X... Y... la comedia *«Contra un padre no hay razón»* CUYA comedia gustó estrepitosamente.»

Bravo y muy bueno es lo de gustar *estrepitosamente*; pero el *cuya* se deja atrás á todo lo bueno, y á todo lo óptimo que en el ramo pueda presentarse.

A bien que, como el adagio dice: «*En todas partes*

*cucen habas*»; aquí tengo un periódico de Madrid, muy leído por cierto y muy bien escrito siempre, y en él encuentro el siguiente párrafo:

«En la ejecución se distinguieron todos los artistas que tomaron parte en la obra.»

¿Qué me dicen ustedes de una función en que se *distinguen todos*?

Pero, Señor, ¿qué es distinguirse?

El Diccionario de la Academia dice que es descollar, sobresalir entre otros... Y digo: yo ¿pues cómo sobresaldrían todos? Si se hubiera dicho que todos estuvieron muy acertados, «que para todos hubo aplausos...» ¿qué sé yo? cualquier cosa por el estilo, nada habría que oponer; pero eso de afirmar que se *distinguieron* todos, vale tanto como si se dijese que los individuos de una escuadra de gastadores son tan buenos mozos, que cada uno de ellos es mucho más alto que todos los otros.

De sobras sé, ¿pues no he de saberlo? que ni en Barcelona, ni en Valencia, ni en Madrid hay periodistas que escriban esos disparates; de sobra sé yo que esas... cosas se elaboran ó se confeccionan en las contadurías por uno de los empleados de último orden, porque para eso de escribir cuartillas, según la opinión de los empresarios, sirve cualquiera; al menos apto, al que no vale para ningún otro menester, lo meten á colaborador literario de los periódicos y ese es el que emborriona las cuartillas que se envían después á las redacciones, con el *visto bueno* del director artístico, si por ventura, en un rato de buen humor, desciende él á esas pequeñeces, pues lo corriente y ordinario es que dé por bien hecho lo que hizo el negociado de *bombos*; que para quien de verlo demasiado bien estará...

No me parece mal que las empresas se den bombo, ya que esa es la costumbre; tampoco me lo parece que los periódicos lo admitan, ya que, según sabemos todos de esos bombos no hace caso nadie y además ahorran trabajo al que había de escribir la noticia; pero... ¡por Dios y por todos los santos! ¿no podría corregirse un poco el estilo?... A lo menos dejarlos de modo que tuviesen sentido comun y estuviesen en castellano.

A. SANCHEZ PEREZ.

## EN EL TRANVIA

—¿Y sigues con tu manía?

—Ya mi mal no tiene cura.

Ayer tuve otra aventura.

—¿Sí? ¿Dónde fué?

—En el tranvía.

Una mujer hechicera subió y enseñó al subir... lo que no puedo decir, porque no encuentro manera...

Dos piés como dos piñones (sobre poco más ó menos), dos tobillos, no tan buenos como sus prolongaciones y una gracia sin igual en el modo de subir... En fin, no pude impedir el impulso natural, y, aunque expuesto á una caída, subí en el coche al momento, buscando en seguida asiento junto á la desconocida,

no sin pisar por descuido á un pollo que iba sentado, y despeinar el *tejado* de un cura que iba dormido.

Fué creciendo mi interés; miré tan rara belleza

de los piés á la cabeza,

de la cabeza á los piés,

y entre mil galanterías

empecé á decirle cosas...

en fin, chico, muy sabrosas.

—¡Buenas cosas la dirías!

—La llamé paloma, estrella,

cuerpo bueno, dulce eden,

bendije á su madre...—¡Bien!

¿y qué te decía ella?

—Se puso muy colorada;

mas luego se sonrió,

y aunque por el pronto no

se atrevió á decirme nada,

me dió pié ¡la muy tunante!

sin abrir sus labios rojos,

pues me dijo con los ojos:

«Nada temas... ¡adelante!»

Mi mano entonces llevé

hacia la suya, ligero,

(y en verdad que un pasajero

vió las manos... y se fué)

Iba aumentando el calor

con rapidez singular...

(¡qué rato hicimos pasar

al infeliz cobrador!)

y, ya la cosa arreglada,

nos citamos en el coche

para vernos por la noche

en un café... con tostada.

¡La tal chica era un encanto!

—¿Y la pagaste el tranvía?

—¡Eso no! Yo no tenía

confianza para tanto.

¡Ir á pagarla el asiento

siendo yo un desconocido?

¡¡Hombre, ese ya hubiera sido

demasiado atrevimiento!

JUAN PEREZ ZUÑIGA.



## EL CAFÉ

—No se esfuerce usted, doctor, en convencerme. Ya sé que voy de mal en peor porque abuso del café.

El café me precipita y me trastorna y me exalta, y el café es el que me quita la gordura que me falta.

¿Que estoy ojeroso? Si. ¿Que estoy macilento? ¡Bah! ¿me va usted á decir á mí lo que de sobra sé ya?...

Tanto los estragos siento de esa bebida en mí mismo, que palpo el desquiciamiento que se opera en mi organismo.

Dejadez... inapetencia... náuseas... insomnios... Ya sé que eso, y más, es consecuencia

del abuso del café.

Pero no puedo evitarlo, porque el café es mi manía.. aun sabiendo que al tomarlo padece la *economía*.

No hay del uno al otro polo nadie que la pata me eche para tomar café solo, sin una gota de leche.

¡Sin leche! Horrible tormento que yo á mi mismo me doy, por ser de temperamento tan nervioso como soy.

Pero, lo dicho: evitarlo no puedo, y sé que me trunca el café, por no tomarlo mezclado con leche nunca.

Mas... si usted opina, doctor, que mi mal tiene remedio,

hágame usted el favor de decirme de qué medio puede valerse, propicio, para hacer que yo deseeche el funestísimo vicio de tomar café sin leche; que sé que es la ruina mía y que la salud inmolo si persisto en la manía de tomar el café solo.

Pues mire usted, aunque me pesa: tiene usted razón, doctor; ese es el remedio, ese, ¡y un remedio superior!

¡Y á mí que, como lo digo, no me ocurrió! ¡Seré bolo! ¡Que me convide un amigo... y así no lo tomo solo!

DANIEL BLANCO

## PALIQUE

—¡Mira, que estarte á las siete entodavía en la cama...!

—¡Madre, si es que tengo sueño!

—Pues ya ves lo qué adelantas con la novia y con estarte pelando siempre la pava, y andar enamoriscao y recogerte á las tantas...

Luego irás á trabajar ¡y se reirán en tus barbas!

—¡Eso no, porque ya saben que les doy cuatro patadas!

—¡Daban!

—¡Pues eso!

—¡Anda arriba!

Ahi tienes al de la Juana, que hace una hora que se fué.

—¡Pero es á ver las muchachas!

Y después se cae por la obra á las diez de la mañana.

—¡Es que es más honrao que tú!

—¡Mas honrao que yo?... ¡de gana!

Ese no es más que un «hipróquita» que lleva la vista baja y luego se gasta en vino quince veces mas que gana ¡y coge cá papalina

que es más grande que esta casa!

¿Cuándo me han visto á mí curdo?

¿Me quedo alguna semana con mas de dos ó tres reales

pá tó lo que me hace falta?

¿No doy á usted tós los sábados

el dinero que me pagan

y gano en un andamiage,

expuesto á romperme el alma?

¿Que tengo una novia? ¡Y qué?...!

La quiero porque es muy guapa,

como el pan de buena, y limpia

como los chorros del agua!

Usted es que cree que en casándome

me las guillo de esta casa

y ya no me vé usted el pelo...

¡Pero está usted equivocada...!

¿Es que piensa usted que soy

como el hijo de la Juana,

que la lleva al Hespital

en cuanto se pone mala?

...¿Que me gustan los novillos?

Pues hombre... ¡poquitas gracias!

¡por que lo tengo en la sangre,

y en cuanto estoy en la plaza

se me alegra todo el cuerpo

y le echo un capote al Papa!

¡Ea! no sea usted infeliz

y déjese usted de pláticas!

Si me caso, mi «señora»

será pá usted una criada,

y si le rechista á usted

ó le dice una palabra,

la doy cuatro manguzás

y la estropeo la cara!

Con que, déjeme usted, madre,

que se me peguen las sábanas.

Por mas que me tarde un poco

no me dice el maestro nada,

que, aunque me esté mal decirlo,

yo soy de los que trabajan

y en tomando la herramienta

me cobro de la tardanza.

Y no soy como esos hombres

que se están, casca que casca,

poniendo de órdago al amo

por si es poco lo que paga

y dejan cortarse el yeso

y que se les enfríe el agua;

porque eso es de lavanderas,

y yo nunca tengo cara

para rezarle al maestro

en cuanto vuelve la espalda!

JOSE M. ALMODOBAR.







AYER

«... y si Vd. no se molesta ni lo toma á mal, yo me permitiré mandarla un humilde ramo de rosas, pequeña muestra de mi profunda simpatía. *Alberto.*»



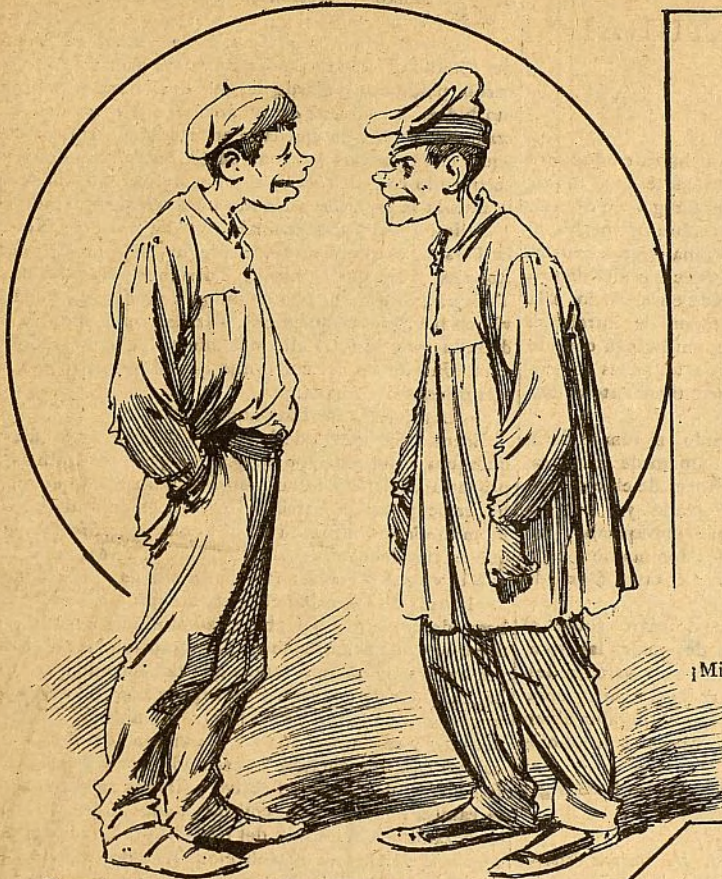
HOY

«...de modo que si esta noche cuando yo vaya no me tienes esas doscientas pesetas que necesito, no cuentes más con el cariño de tu *Morrongo.*»

A.P. 10/11



GENTE ORDINARIA



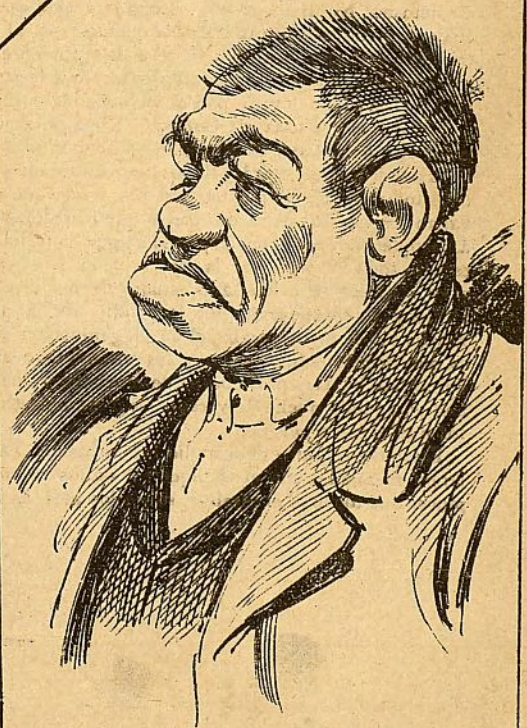
—Bueno, pero cuando denuncian un tratado de comercio ¿qué se hace?  
—¡Otra! Pus lo que se hace con los papeles. Mandar á presidio al menistro, que es el autor.



¡Míá tu que miar en estos confesonarios!



—¡Míá, Tofio, qué coche!  
—¡Míá qué menumento!  
—¡Pus míá tu que el Parque!...  
—¡Pus míá tu que el puerto!



Un gran pedazo de atun,  
que es muy bruto y muy cerril  
y es algo pariente de un  
chico que es Guardia Civil.



## CLASE DEL NATURAL

Durante el interminable día estival había caído sobre el tejadillo de la buhardilla fuego bastante para fundir las tejas tapizadas de muérdago. En mangas de camisa, con la cabeza flaca y mal peinada sobre el pecho, el brazo paralítico caído a lo largo, estaba el gran artista, hambriento, mirando no sé qué negras cosas allá dentro de sí mismo, y frente de él, sentada en el suelo a la manera turca, con los brazos cruzados, le miraba su hija. Se había resuelto el problema: ni habían comido ni sabían si comerían más, á pesar de todas las colectividades humanitarias que buscan caritativamente al desheredado.

Subía de la calle, allá muy hondo, el rumor de la capital que se agitaba en busca del átomo de aire fresco de los paseos, ruido de coches, voces de chicos, pregones de periódicos, cascabeleo de reatas, y á ráfagas el tonillo rasgado de una murga que musiqueaba á un tendero; todo confuso, variando de dominante á cada paso, con la indecisión de un primer ensayo á grande orquesta.

La vela, puesta en el candelero de barro sobre el suelo, alargaba y encogía á saltos desiguales las sombras de la muchacha y del padre sobre las paredes desnudas, y enviaba al fondo, donde el tejado caía y besaba el piso, chispazos moribundos. Por el tragaluz abierto miraba ella el temblor de las estrellas con los ojos tristes y húmedos.

Se levantó la virgen, besó al viejo en las barbas grises, y abrió la puerta.

—Voy á buscar dinero, dijo.

Antes de irse la miró el padre. ¿A buscar dinero? ¿Dónde había dinero? ¿Quién lo daba? ¡Todo menos pedir limosna! No, limosna no... Echó la virgen escalera abajo, aquella escalera inacabable que costaba al viejo tremendos ahogos, y salió á la calle. Llevaba en el rostro, chupado por el hambre, algo parecido á la resolución definitiva de llevarle pan al viejo á toda costa.

Fué derecha á casa de Correcto Ropajes, el mejor discípulo del artista hambriento, que tenía allá cerca del Hipódromo un estudio lleno de preciosidades, visitado todos los jueves por ingleses pasajeros, que se llevaban los cuadros de medio metro que Ropajes vendía á peso de libra esterlina. Entró la virgen miseria en el estudio toda vibrante por la carrera dada. No estaba el gran Ropajes, pero hervía el estudio de los discípulos en luz y ruido que salía por la rendija de la puerta. Estaba allí la nidada trabajadora, la generación artística que Ropajes empollaba con las enseñanzas recibidas del artista hambriento, docena de muchachos que sudaban en aquella noche de verano bajo los reflectores de los quinqués de petróleo.

Estallaban dentro del estudio las risotadas de la falange mezcladas con el repiqueteo de los mangos de pincel que tocaban el tambor sobre los pies de los ca-

balletes, y de vez en cuando, como una opinión unánime, que tomaba expresión en estas palabras:

—No viene ya...

La nidada esperaba á Tarsila, la andariega Venus del estudio de Ropajes, toda curva suavísima y color de carne palpitante, alarde de purísima línea y sabrosa morbilidad, *montón de carne lasciva sobre un espíritu muerto*... Se habría quedado en cualquier rincón con aquel matarife que la acompañaba, olvidada del arte, cultivando con el *Alicates* el amor del arroyo, mientras la nidada la esperaba sudando para terminar el estudio.

Salieron dos ó tres al oír la voz del portero. No era la Tarsila, pero era otra que preguntaba por Correcto Ropajes. ¿Para qué? ¡Ah, sí! Tú vienes para sustituir á Tarsila. ¿No es eso? No, de ningún modo; ya sabía la virgen hambrienta quien era Tarsila. Salió toda la nidada luego y se echó ella más aún el pañuelo sobre la cara. Uno de los del corro dijo que el portero tenía las seis pesetas de Tarsila.

—¿Las quieres tú? Pues anda, entra.

Entró... Se quedó deslumbrada delante de la fila de quinqués y del reflector de gas colgado del techo que proyectaba el foco de luz sobre el tabladillo que debía haber ocupado la Tarsila. Uno la empujó detrás del biombo que no utilizaba ya la Venus del *Alicates*, por que estaba hecha á aquellos perfiles. Detrás de la tela oyó la virgen el mosconeo de la nidada que colocaba los lienzos en los caballetes, el estallido, parecido á un beso, de los labios que chupaban el pincel mojado, y la discusión de los muchachos sobre trapisondas artísticas, tan agenos de que allí estaba ella tan encogida, temblorosa, sudando de angustia y de calor y con tal ahogo en la garganta, que no podía llorar. La nidada acabó de discutir y se impacientaba. La virgen desabrochó el cuerpo con una energía desesperada, echó á un lado la falda llena de jirones en activo y jirones zurcidos, luego la camisa burda, y salió con las manos sobre los ojos, tropezando en el escalón del tabladillo... La nidada tuvo una sola palabra de reprobación. ¿Dónde estás tú? ¡oh, prodigiosa Tarsila! No servía la virgen en manera alguna; aquello eran carnes tirantes por el hambre, ángulos afilados por la miseria, palidez trabajada por días sin pan, morbideces maceradas por lecho duro. Volvieron los pinceles á las cajas, los caballetes á la pared y la nidada á la calle, maldiciendo del *Alicates*, que se cuidaba del arte como de la primera camisa, si la tuvo alguna vez.

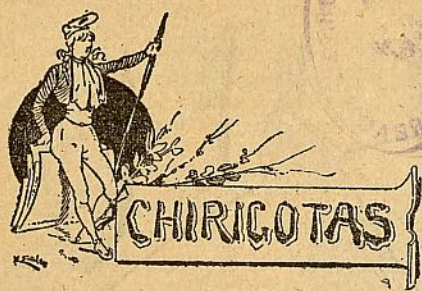
Ya entonces en el estudio silencioso pudo llorar la virgen. Desde la puerta la miraba vestirse el viejo portero de Ropajes, y cuando acabó y quiso echarse fuera, la puso la mano en el hombro.

—Anda, toma, criatura.

Cogió la muchacha las seis pesetas, que apretó con ansia en la mano, y sin decir nada bajó á escape, salió al solitario paseo y corrió avergonzada, temblando de frío, á pesar del calor de aquella hermosa noche de verano, como si detrás de ella fuese la nidada para rasgar los trapos maltrechos con que se cubría y mostrar debajo aquella antiartística desnudez, aquellos ángulos chupados y aquella virginidad hambrienta y miserable que no valía seis pesetas.

FEDERICO URRECHA





Corresponsal exclusivamente encargado de la venta de LA SEMANA CÓMICA en Madrid: D. Julián Rodríguez, calle del Tesoro, 5, bajo.

Con él deberán entenderse cuantos deseen vender el periódico en la Corte.

✱

Hacienda por si descrita  
dice lo que es y será,  
porque es cierto que á cien dá  
pero es porque á cien mil quita.

FÉLIX MÉNDEZ.

✱

—¿Oyes tu? Parece que el Papa se viene á Valencia.

—¡Quia! Eso es... eso mismo.

—¿Cómo?

—¿No se trata del Papa?

—Sí.

—Pues es eso mismo: ¡Papa!

Y á propósito de este asunto y de esta venida.  
Dice un periódico:

«En el caso, no probable, de que Leon XIII viniera á sentar sus reales en España»...

¿Sus reales? ¡Que cuchufletas!

Con que sus reales, ¿eh?

¿Sus millones de pesetas,  
diga usted!

✱

Al que no había de sentarle mal la venida del Papa á España, sería á Romero Robledo.

Que ahora es único y entonces quedaría eclipsado.

Porque ¡cuidado si vendrían romeros!...

✱

Del Ebro al Guadalquivir  
de Sevilla á Santander  
cualquiera sabe leer  
pocos saben escribir.

Pero en cambio (aquí recibe  
la lógica un revolcón)

no lee nadie un renglón  
y cualquier borrico escribe.

J. DANUZA.

✱

Vean Vdes. lo que dice *Corzuelo* en *El Globo*:

«Eso de la emigración vá en aumento, segun parece.

»Hasta ahora emigraban los españoles á la Republica Argentina por familias. Ahora ya comienzan á emigrar por pueblos.

»En Málaga hay un pueblo llamado Valle de Addalajis.

»Los vecinos de él han pedido al gobierno argentino que les haga un pueblo con igual nombre junto á Buenos Aires, y se le están haciendo.

»Y allá se irán con los trastos al hombro, vecinos, autoridades, cura párroco, gallinas, perros, gatos...

»El día menos pensado va un español á asomarse temprano á la ventana y se va á encontrar solo en el país,

»Es decir... tanto como solo, no... siempre se quedaria Martos con el encargo de no dejarle vivir.»



F. M.—Madrid.—El segundo sirve. El primero... nones.

A. O.—Madrid.—¿Pero jura Vd., bajo su palabra, que *tú madre morirá de pena*

es verso ostosilabo?

*Una paleta*.—Villarroya.—En efecto: á veces... Pero se correjirá; verá Vd. como se correjirá.

*Un muerto*.—¡Dios mío, qué sosos se quedan los muertos!

F. G. de M.—Córdoba.—Asuntos vulgares.

D. de S.—Lérida.—¿Que publique esa bobada?

¡Pues, hombre, estaria bien!

¿Que por qué? ¡Pues ahí es nada!

¡Porque eso es una indecencia!

tada!

Y la falta de espacio me impide decir por qué razones no son publicables los originales con cuya remisión nos han honrado los señores G. de L.—*P. pa Fucar*, J. C. de L., *Aire colado* y J. R. (Madrid).—*Calima*, D. C., *Genovevo* y P. H. Z. (Barcelona).—E. D. C. (Tordesillas).—*Un sacateca* (Habana) y *Arias y Escartin* (Barcelona).

Queda un Bhimborazo de cartas por contestar.

## SOR ANA

Poema en dos cantos

POR

JOSÉ DE DIEGO

• EDICION ILUSTRADA

Precio: 3 rs.

Se publicará la semana próxima

Imp. Militar.—Arco del Teatro, 9, pasaje.





¡Que propio es el verano  
para la pesca,  
cuando huelen los peces  
la carne fresca!

Ayuntamiento de Madrid